

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 11, capítulo CXCI**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**María del Carmen Berdejo Bravo**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 11, capítulo CXCI**

**Anotado y revisado por  
María del Carmen Berdejo Bravo  
(UAM Azcapotzalco)**

## **Capítulo CXCI**

**El imperio se hunde:  
Carlota pierde la razón**

**Septiembre a noviembre de 1866**

## **CAPÍTULO CXCI**

### **EL IMPERIO SE HUNDE; CARLOTA PIERDE LA RAZÓN**

**Septiembre a noviembre de 1866**

El consejero Eloin, que había sido enviado por Maximiliano a Europa, desde febrero, estuvo viajando por Francia, Austria y Bélgica por varios meses, enviando informes a Maximiliano que no recibió.

Se preparaba a regresar a México, cuando se enteró del viaje de Carlota, la que le ordenó aplazara su regreso.

Se inicia este capítulo con una comunicación de Eloin, comentando la publicación oficial de la opinión del gobierno francés, desautorizando al general d'Osmond y al intendente Friant, para desempeñar los cargos de ministros del gabinete de Maximiliano. Bien informado, se enteró con oportunidad de que el general Francisco Castelnau, ayudante de campo de Napoleón III, había sido enviado a México en misión secreta, que seguramente sería promover la abdicación de Maximiliano, previa a la evacuación francesa, la que así quedaría justificada; sutil y certera suposición de Eloin que después se confirmó.

Maximiliano se molesta al enterarse de la capitulación de Tampico y exige a Bazaine le informe sobre su plan de operaciones, pues desea proteger "a los partidarios del imperio en las provincias no pacificadas que queréis abandonar". También, pensando seguir en correspondencia con Napoleón III, le envía a éste una clave a fin de poder utilizar el cable submarino, recientemente inaugurado.

Volvamos a Miramar; Carlota continúa en actividad, tratando de impresionar a Napoleón para que rectificara su actitud y su mayor esperanza se fincaba en lograr el apoyo del Papa.

José Luis Blasio, secretario de Maximiliano, llegó a Miramar con información de México y correspondencia de Maximiliano, en la que apremiaba a su esposa visitara al Papa.

Carlota esperó únicamente celebrar el 16 de septiembre y dos días después abandonó Miramar para dirigirse a Roma. La cuarentena impuesta por Italia para evitar la propagación del cólera, obligó a que el viaje fuera por tierra con algunas incomodidades. Se detuvo en Bozen<sup>1</sup> por sentirse molesta; después de reponerse continuó su marcha, haciendo escala en Mantua, donde le hizo honores la guarnición austríaca, pasó por Reggio y Bologna; en Foligno le esperaba el ministro Velázquez de León y el resto de la comisión encargada de negociar el Concordato; el Papa envió también a esa población una comisión a recibirla. El lector encontrará en este capítulo dos comunicaciones del conde del Valle, relatando este recorrido, que concluye el 25 de septiembre a las 11 de la noche.

El día 26 Carlota recorrió la ciudad en la mañana y por la tarde la visitó el cardenal Giacomo Antonelli, tratando de precisar la situación "Permaneció una hora entera con ella, le hizo presente todos los pecados que su marido había cometido contra la Iglesia, para explicar a la emperatriz, que estaba muy excitada, por qué el concordato no se concluía".<sup>2</sup>

El Papa la recibió en forma solemne al día siguiente, 27 de septiembre, pero Carlota, trastornada, fundamentalmente le dijo en los noventa minutos de la audiencia, que algunos de los miembros de su comitiva le habían envenenado por instrucciones de Napoleón.

Los relatos del conde del Valle, del obispo Ramírez, de Joaquín Velázquez de León y Felipe Neri del Barrio, poco conocidos en su texto íntegro, descubren este dramático proceso, que culmina con la pérdida de la razón de la joven princesa.

Se reproducen unos breves billetes, verdaderas notas de Carlota, escritas en alemán, en las que, sintiéndose morir, se despide tiernamente

---

<sup>1</sup> También llamado Bolzano en español.

<sup>2</sup> Conti Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 524.

de su esposo; dispone su entierro-; solicita confesor; le pide al Papa la bendición y hace testamento. En cada uno de los pliegos tienen al pie, firmada por el doctor Fitch, el conde Bombelles y Radonetz, una leyenda que atestigua que estas copias fueron cotejadas, palabra por palabra, con los originales.

El 9 de octubre su hermano, el conde de Flandes, acompañado del conde Bombelles, llevó a la enferma a Ancon, donde se embarcaron para Miramar.

Para Carlota había terminado su intervención en el drama del imperio que había forjado; se convertiría en un testigo superviviente. privada de la razón, tendrá cortos períodos de lucidez hasta el final de su vida.

A solicitud de la familia real belga, vuelve a su patria, alojándose en el castillo de Tervoeren, desde el 6 de agosto de 1867; más tarde reside una corta temporada en el palacio de Laeken, instalándose después en el castillo de Bouchout, donde vive por largos años, muriendo hasta 1927.

# **DOCUMENTOS**

**Septiembre a noviembre**  
**De 1866**



## EL CONSEJERO ELGIN LE EXPONE A MAXIMILIANO LA CRUDA REALIDAD

A vuestra majestad, el emperador Maximiliano

Señor:

El artículo de *El Monitor* francés desaprobando la entrada en los ministerios de Guerra y Hacienda de los generales d'Osmond y Friant, demuestra que para lo sucesivo y sin pudor se ha arrojado la máscara. La misión del general Castelnau, ayudante de campo y hombre de confianza del emperador, aunque secreta, no puede tener más objeto, a mi juicio, que el de tratar de provocar cuanto antes una solución. Para explicar su conducta, que juzgará la historia, el gobierno francés quisiera que precediera la abdicación al regreso del ejército y que, por este medio, le fuera posible proceder a organizar por sí solo un nuevo estado de cosas, capaz de asegurar sus intereses y los de sus nacionales. Tengo la íntima convicción de que vuestra majestad [V. M.] no querrá dar semejante satisfacción a una política que debe responder más o menos tarde de lo odioso de sus actos y de las consecuencias fatales que han de seguirse

El discurso de Mr. Seward, el brindis de Romero y la actitud del presidente de la gran República americana, resultados de la cobardía del gobierno francés, son hechos graves destinados a aumentar las dificultades e infundir desaliento en los más valerosos. Tengo, sin embargo, la íntima convicción de que el abandonar la partida antes del regreso del ejército francés sería considerado como un acto de debilidad y, teniendo el emperador su poder por el voto popular, al pueblo mexicano, libre de la presión de una intervención extranjera, es a quien debe apelar nuevamente y al que debe pedirle el apoyo material y los recursos indispensables para subsistir y progresar. Si este llamamiento no

es escuchado, entonces V. M., habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, regresará a Europa con todo el prestigio que a su partida lo rodeaba y, en medio de los acontecimientos importantes que no tardarán en surgir, podrá desempeñar el papel que por todos conceptos le corresponde a V. M.

Habiendo salido de Miramar el 4 del corriente resuelto a embarcarme en San Nazario, he debido aplazar mi viaje después de recibir las órdenes de su majestad [S. M.] la emperatriz. Sólo tan alta influencia podía hacerme variar de un propósito que mi adhesión me señalaba como el cumplimiento de un deber.

Estoy muy mortificado desde que he sabido que mis numerosos despachos de junio y julio no han llegado a manos de V. M. en tiempo oportuno. Dirigidos bajo sobre a Bombelles y acompañados de largas cartas a este amigo sincero, para que comunicara su contenido a V. M., estaba yo lejos de prever su salida de México. Hoy han perdido ya todo el interés que les presentaban los acontecimientos tan imprevistos que se sucedían entonces con tanta rapidez. Me sería, sobre todo, sensible el que este desagradable incidente hubiese hecho nacer, por un momento, en el ánimo de V. M., algunas dudas sobre mi incesante deseo de cumplir con toda fidelidad mis deberes.

Al atravesar el Austria he tenido ocasión de convencerme del descontento general que allí reina. Nada se hace todavía; el emperador está desanimado. El pueblo se impacienta y pide públicamente su abdicación. Las simpatías hacia V. M. se comunican ostensiblemente a todo el territorio del imperio. En Venecia un partido quiere aclamar a su antiguo gobernador; pero cuando un gobierno dispone de las elecciones bajo el régimen del sufragio universal, fácil es desde luego prever su resultado.

El cólera hace grandes estragos en toda Europa y en todas partes se lleva muchas víctimas.

Según las últimas órdenes de V. M., he expedido por este correo un telegrama cifrado a Rosas, avisándole el viaje del general Castelnau y la desaprobación de d'Osmond y Friant.

He sabido por G. que la actitud ambigua tomada en París por Almonte, se hace cada día más pública. Desde hace algún tiempo colma de atenciones y de dinero al joven Salvador (Iturbide), el cual no sabe explicarse semejante cambio. Creo necesario traer este joven a mi lado hasta el fin de las vacaciones.

El estado de la salud del emperador Napoleón preocupa vivamente a Europa entera; su viaje a Biarritz parece indefinidamente pospuesto. Se asegura que la diabetes ha venido a complicar la inflamación de que padece. En cuanto a S. M. la emperatriz Carlota, en medio de sus flores, que hacen un jardín encantador de Miramar, brilla en todo el esplendor de una salud completa. Tengo la honra, etc.

Bruselas, 17 de septiembre de 1866.

M. Eloin

MAXIMILIANO PIDE A BAZAINE LE INFORME  
SOBRE EL PLAN DE. OPERACIONES

(México, septiembre de 1866)

(Señor mariscal Bazaine)

Mi querido mariscal:

La toma de la ciudad de Tampico por los disidentes, la evacuación de Monterrey por vuestras órdenes, me hacen saber que los resultados de nuestra campaña en el norte tendrán para mi país las más graves consecuencias. Deseo, pues, a título de soberano, que me instruyáis del plan que os proponéis seguir, en vuestras operaciones, a fin de que intente salvar, si es posible, a los partidarios del imperio en las provincias no pacificadas que queréis abandonar; mi honor exige que no olvide este cuidado. Sin el conocimiento de la línea de conducta que habéis adoptado, estoy, como debéis comprenderlo fácilmente, en la imposibilidad de prevenir al menos a los desgraciados funcionarios que se han sacrificado por nuestra causa.

Recibid, etc.

Maximiliano

MAXIMILIANO LE ENVÍA UNA CLAVE A NAPOLEÓN  
PARA COMUNICARSE POR TELÉGRAFO

Palacio de México, septiembre 27 de 1866

A vuestra majestad el emperador Napoleón III

Señor y hermano:

La existencia del cable trasatlántico, al acercarnos, nos permitirá intercambiar con mayor rapidez nuestros pensamientos y contribuirá a hacer desaparecer todo malentendido; la certidumbre de que sólo puedo salir ganancioso con las relaciones más frecuentes con vuestra majestad [V. M.], me ha inspirado la idea de enviaros un código cifrado.

Estaba sumamente satisfecho de los servicios y del celo del general d'Osmond y del intendente Mr. Friant; ya habían logrado grandes progresos en la administración militar y en las finanzas, cuando el mariscal Bazaine señaló que estas funciones eran incompatibles con los cargos que ocupaban en el cuerpo expedicionario y se han visto obligados a presentarme sus renunciaciones.

Ruego a V. M. me recuerde a la emperatriz y crea en los sentimientos de estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.<sup>3</sup>

Maximiliano

---

<sup>3</sup> Original en francés.

CARLOTA VA HACIA ROMA  
Y SE DETIENE POR ENFERMEDAD EN BOLZANO

Bolzano, septiembre 23 de 1866

A su majestad el emperador

Señor:

Por conducto de Blasio he tenido el alto honor de recibir la apreciable carta de V. M. y lo tengo de informar a V. M. sobre la preciosa salud de su majestad [S. M.] la emperatriz, en cumplimiento de las órdenes de V. M. y tengo el placer de poder decir a V. M. que hasta hoy se ha conservado sin novedad.

Hace cinco días que dispuso S. M. la emperatriz, que saliésemos de Miramar con dirección a Roma, pero habiéndose fatigado S. M., después de cuatro días de camino, dispuso detenerse en esta población y hoy continuamos el camino, después de estar enteramente restablecida S. M.

Como V. M. me hizo el honor de decirme (que) el objeto de este viaje es procurar el arreglo del concordato, el que no sólo lo creo conveniente a México, sino necesario al sumo pontífice, para conservar en México la religión católica y evitar que acostumbrándose el pueblo a vivir sin relaciones con la Santa Sede lleguen al indiferentismo religioso. Esta convicción nos da esperanzas de buen éxito en las negociaciones, aunque temo a las cavilosasidades y a los caprichos de la corte de Roma, que muchas veces prefiere que todo se pierda a ceder en pequeñas cuestiones relativamente y que, en lo general, sólo afectan la forma y no la esencia de las cosas. ¡Quiera Dios que todo se consiga como lo que más convenga para afirmar el trono de V. M.

Soy, Señor, con el más profundo respeto de V. M., el fiel y leal  
servidor

Señor.

El conde del Valle  
Gran chambelán de S. M. la emperatriz

EN SU RECORRIDO POR ITALIA,  
CARLOTA ES BIEN RECIBIDA

Roma, septiembre 26 de 1866

A su majestad el emperador

Señor:

Aunque ya he tenido la honra de escribir a V. M. desde Bolzano, me atrevo a hacerlo ahora otra vez para dar cuenta a V. M. de la recepción que en todas partes tanto en Alemania como de Italia, se ha hecho a S. M. la emperatriz desde la salida de Miramar. En todas partes se presentaban a ofrecer sus respetos a S. M., tanto las autoridades y militares austríacos y muchas veces las eclesiásticas como las civiles, siendo, por todas partes, S. M. el objeto del respeto y cariño de los habitantes de las ciudades y de los pueblos, aun los más pequeños.

En Bolzano, como en las demás ciudades, se puso una guardia de honor a S. M., pero en esta ciudad estuvo tocando la música en la noche y en la tarde siguiente. En Mantua se presentaron todas las autoridades en la estación, acompañando todas a S. M. hasta su alojamiento, poniendo batidores y escolta al carruaje destinado a S. M., que atravesó como en triunfo las calles de la ciudad llenas de gente y el día siguiente salió S. M. de la misma manera, acompañada por tres oficiales de órdenes a caballo, escolta y batidores hasta Reggio en donde recibieron a S. M. la autoridad civil y militar y acompañaron a almorzar a S. M. el prefecto y edecán del de Italia y el capitán de carabineros, siendo por todas partes, particularmente en Bolonia, una verdadera ovación.



En esta ciudad, también ha sido recibida S. M. con las mayores muestras de aprecio.

Ahora, señor, permítame V. M. que le diga lo que he sabido: el santo padre ha dicho que hablará al principio a S. M. con dureza; pero que después procurará que todo se arregle, lo que indica que está en muy buena disposición su santidad.

Soy señor, con el mayor respeto, de V. M. el fiel y leal servidor.

Señor.

El conde del Valle

CARLOTA SE DESPIDE DE MAXIMILIANO

Roma, 1º de octubre de 1866

(Al emperador Maximiliano)

Muy querido tesoro:

Debo separarme de ti. Dios me llama a él. Agradezco toda la felicidad que me has dado siempre.

Dios te bendiga y te dé la mayor fortaleza posible. Tu siempre leal.<sup>4</sup>

Carlota

Cotejado con el original palabra por palabra.

Bombelles

Radonetz<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Original en alemán.

<sup>5</sup> Eduardo Radonetz, intendente de Miramar.

## CARLOTA PIENSA QUE VA A MORIR

Dado en Roma, el 1º de octubre de 1866

Deseo que no se me hagan ceremonias especiales, sino de la manera más sencilla tenerme en la capilla, hasta que el emperador, si me sobrevive, no disponga otra cosa. Se me enterrará con mi hábito de clarisa y se dejarán mi escapulario, el medallón con la corona de rosas.<sup>6</sup>

Carlota

Cotejado palabra por palabra con el original.

Dr. Fitch

Bombelles

Radonetz

---

<sup>6</sup>Original en alemán.

DISPONE EL SITIO DE SU ENTIERRO

Dado en Roma, el 1º de octubre de 1866

Se hará todo lo posible para enterrarme en Grosselgran.<sup>7</sup> Deseo que a mis funerales asista un sacerdote.<sup>8</sup>

Carlota

Cotejado palabra por palabra con el original.

Dr. Fitch

Bombelles

Radonetz

---

<sup>7</sup> Posiblemente una capilla.

<sup>8</sup> Original en alemán.

## SOLICITA CONFESOR AL PAPA

(Sin fecha)

Ruego a vuestra eminencia mandarme inmediatamente un sacerdote con la Santa Ostia, que me pueda confesar.<sup>9</sup>

Carlota

Cotejado palabra por palabra con el original.

Dr. Fitch

Bombelles

Radonetz

---

<sup>9</sup> Original en italiano.

PIDE LA BENDICIÓN PAPAL

Octubre de 1866

Beatísimo padre:

Para poder morir, como pedí a vuestra santidad el otro día, sírvase darme su bendición, soy de vuestra santidad, siempre afectuosa hija.<sup>10</sup>

Carlota

Cotejado palabra por palabra con el original.

Dr. Fitch

Bombelles

Radonetz

---

<sup>10</sup> Original en italiano.

HACE TESTAMENTO

Dado en Roma, el 1º de octubre de 1866

Lego toda mi fortuna al emperador, mi esposo, así como todos mis bienes y le pido al desaparecer, si me sobrevive, que me conserve en su memoria.

Perdono a los que estuvieron mezclados en mi muerte.

Dios acoja mi alma.

Escrito de mi puño y letra.<sup>11</sup>

Carlota

Cotejado palabra por palabra con el original.

Dr. Fitch

Bombelles

Radonetz

---

<sup>11</sup> Original en alemán.

## CARLOTA PIERDE LA RAZÓN EN ROMA

Roma, octubre 5 de 1866

A su majestad el emperador

Señor:

Con el más profundo sentimiento tomo la pluma para escribir a V. M., porque las noticias que tengo que dar a V. M. son tan tristes, que tengo la certidumbre de afligir en el más alto grado el corazón de V. M.

Ya en mi anterior, desde Bolzano, indiqué alguna cosa, pero entonces, como no eran más que temores y observaciones mías, pues no sabía lo que había pasado, temí exagerar el peligro y sólo dije a V. M. que, hasta aquel momento, se conservaba la salud de S. M. la emperatriz. Así continuó el viaje hasta esta ciudad, con algunos momentos de exaltación, pero que pasaban y quedaba S. M. bien en apariencia, aunque siempre con la misma preocupación mental que consistía en ver en todos y en todas partes espías del emperador Napoleón que querían hacerle daño y aún creía (ver) personas de las que están en ésa y de las más fieles, disfrazadas, pero que eran espías que la perseguían.

A los dos días de estar aquí, S. M. que ha sido siempre tan prudente y tan moderada, en el momento de ir a ver a S. S., dejó S. M. ver, con motivo de las escarapelas, una exaltación extraordinaria que se calmó aparentemente, pero S. S. en la primera entrevista conoció que S. M. era presa de una alucinación mental.

De este modo y con intervalos lúcidos, se pasó, aunque sin querer comer ni beber por temor, según parece, de ser envenenada y así lo ha dicho S. M. a S. S. el día que S. S. vino a visitarla. En esa mañana, sintiéndose, sin duda, S. M. con hambre y con sed, al volver de San



Pedro, hizo S. M. que la condujera a la fuente de Trevi y bajando del coche sacó un cacito que llevaba y bebió agua; luego al pasar por un puesto de castañas mandó parar el coche y por más que yo hice y ofreciéndome yo mismo iría, se empeñó en bajar ella misma, tomó las castañas que se estaban asando en una sartén.

El día siguiente lo pasó bastante bien, sin embargo de la gran exaltación que la dominaba. En la mañana del 1º del actual, tuvo lugar una escena terrible entre S. M. y el doctor Bohuslavejck, queriendo éste que S. M. no tomara alguna cosa e impedir que bebiera la tinta que contenía el tintero, la que al fin bebió como un contraveneno, pues la idea de S. M. es que está envenenada. El doctor temió alguna cosa y encerró a S. M. con llave, pero S. M. rompió la puerta y se salió. Yo, que no sabía nada, me encontré en la antecámara con S. M. y me mandó que llamara a la señora Barrio para que la acompañara. Al volver, me dijo el doctor que era preciso que alguno acompañara a S. M. y que no se le dejara sola ni un momento, yo me presté a acompañar a S. M., pero me dijo que no me había llamado y tuve que quedarme.

S. M. salió con la señora Barrio y el señor Datti -chambelán de S. S.- que era quien acompañaba a S. M. desde el día anterior, después de lo de las castañas y se dirigió al Vaticano, entró en la cámara de S. S. y allí pasó todo el día. En la tarde, instándole para que volviera al hotel, declaró S. M. que no volvería mientras estuvieran en él, la señora de Kuhachevich, el doctor y yo, que éramos los que la habíamos envenenado; yo, señor, que he sido siempre el más adicto y el súbdito más amante y respetuoso de VV. MM., aquel cuya fidelidad y abnegación no tienen límites. ¡Acusado de envenenador por S. M.! Puede bien V. M. figurarse cuánto habré sufrido.

En efecto, comunicada la orden de S. M. por el cardenal al señor Velázquez de León y por éste a mí, salimos inmediatamente del hotel y S. M. volvió, pero no estuvo mucho tiempo en él, pues a las ocho y media se volvió S. M. al Vaticano con la señora de Barrio y allí pasó la noche y la mañana siguiente. Desde el día 1º no he vuelto a ver a S. M. que se pondría peor si me viera, por lo que me encuentro de hecho separado de S. M. y sin poder, por lo mismo, tomar parte en las

resoluciones que se tomen, como si realmente fuera yo criminal. Se espera la llegada de S. A. el conde de Flandes para determinar y ya sea que resuelva que S. M. sea llevada a Miramar o a otra parte, yo no me separaré de su lado, conservándome siempre a la menor distancia posible mientras que V. M. se digne decirme lo que debo hacer o si quedo definitivamente separado de la casa imperial.

Al día siguiente, por orden del señor Castillo volví al hotel, para estar, aunque invisible, cerca de S. M. y acá están también la señora Kuhachevich y el doctor Bohuslaveck.

A S. M., desde el día que volvió al hotel, no se le ha contrariado en nada, ha salido cada vez que ha querido. Continúa con la misma exaltación y el mal avanza ciertamente.

Han visto a S. M. el médico del santo padre, otro de un hospital y un médico inglés y todos ellos han declarado a S. M. presa de una monomanía. S. M. desconfía de todos los que la rodean y cree que todos han tomado parte en su envenenamiento, que le dio en Bolzano la señora Kuhachevich. S. M. come muy poco y para esto se vale de las estratagemas que su ingenio le sugiere.

El santo padre compadece a S. M. y le dispensa todo su cariño, habiendo procurado, de todos modos, así como el cardenal Antonelli, contemporanizar con S. M. para evitarle nuevos pesares y haciendo todo lo posible para conseguir su curación. Creo que esto puede influir mucho en el arreglo del concordato.

Siento muchísimo, señor, haber tenido que dar a V. M. tan tristes noticias, pero mi deber y las órdenes de V. M. me obligan a ello.

Recibid, señor, la expresión de la pesadumbre que tengo por tan gran desgracia y acompaño sinceramente a V. M. en tan justo dolor como el más fiel de los súbditos de V. M.

Señor.

El conde del Valle<sup>12</sup>  
Gran chambelán de S. M. la emperatriz

---

<sup>12</sup> El título completo de Juan Suárez Peredo era conde del Valle de Orizaba.

EL OBISPO RAMÍREZ INFORMA TAMBIÉN  
SOBRE LA ENFERMEDAD DE CARLOTA

Roma, octubre 9 de 1866

Al emperador Maximiliano

Señor:

El 1º del corriente a las ocho y media de la noche tuve la triste noticia de la enfermedad de su majestad [S. M.] la emperatriz y al momento me presenté al hotel de Roma a ofrecer mis servicios, los cuales hasta hoy han sido inútiles por razón de no aumentar más la desconfianza en el ánimo de S. M. la emperatriz.

Lo que nos ha sucedido a vuestra majestad [V. M.] y a nosotros es el colmo de nuestros males y si no fuese porque la religión y la fe sirven de mucho y de un modo especial en semejantes casos, no sé qué habría hecho y qué haría al considerar el tamaño de la inmensa desgracia que la Providencia Divina nos ha mandado; pero, señor, espero en Dios que este mal pasará presto, pues hace dos días que S. M. ha comenzado a comer y se haya un poco más tranquila. El día 7 a las nueve y media de la noche llegó a ésta el señor conde de Flandes, S. M. fue a la estación a recibirlo y manifestó un grande placer al verlo; el mismo día llegó también el conde de Bombelles y con estas nuevas impresiones S. M. está mejor y sale hoy para Miramar sin el séquito mexicano para que se tranquilice más y para ver si olvida la idea que la atormenta, que es su único mal, pues en lo demás está expedita y perfectamente bien.

Yo me quedo con el grandísimo disgusto de no poder ni aun siquiera decirle adiós, pues aunque de la comisión no ha dicho nada, los médicos han creído que no debemos presentarnos.

S. M. ha dejado en el ánimo del santo padre magníficas impresiones y, tanto él como el cardenal Antonelli y demás personal de la corte, se han portado muy bien con S. M. y sienten sobremanera nuestra desgracia y sobre la cual no quiero hablar mucho, pues estoy íntimamente persuadido que V. M. conoce que la siento con toda mi alma y tanto como V. M.

El 29 de septiembre el santo padre pagó a S. M. la emperatriz la visita; concluida la conversación privada, se dignó admitir al séquito de S. M. y a la comisión. Al entrar nosotros al salón, el santo padre dijo: "el tiempo que hace es bastante hermoso, él es símbolo de la conversación que hemos tenido, toda de paz y caridad". Al bajar el santo padre la escalera, en el descanso, se encontró con un busto suyo y arriba de él la inscripción que adjunto.

He mandado aplicar varias misas por la salud de S. M. la emperatriz.

He recibido las tres apreciables de V. M. de 4, 10 y 24 de agosto y todas me llenan de consolación, principalmente aquella, en la cual V. M. me asegura estar cierto de que si nuestra negociación no ha llegado a su término, no ha sido por culpa nuestra, sino por motivos que le son bien conocidos, gracias a Dios nuestro señor por todo.

Mi adhesión a la augusta persona de V. M., el vivo y ardiente deseo de hacer un grande bien a la Iglesia y nación mexicana, siempre me obligarán a hacer los sacrificios más costosos; por eso ciegamente me he despojado de mi voluntad y la he puesto en las soberanas manos de V. M., quien sabrá hacer uso de mi pobre persona, como mejor le plazca, con tal que se consiga el fin arriba dicho, que no es sino de paz y caridad cristiana.

Con ansia esperamos las respetables órdenes de V. M. y pongo término a ésta, asegurándole de nuevo mi aflicción y suplicándole avivar la fe y sentimientos religiosos, pues ellos sirven de consuelo en la adversidad. A esta fecha espero que V. M. habrá recibido mejores noticias de la importante salud de S. M. la emperatriz la cual se habrá restablecido del todo con el cambio de clima.

Señor:

Soy con el más profundo respeto, obediente servidor de su  
majestad ilustrísima [S. M. I.].

F. Francisco  
Limosnero mayor de V. M. I., obispo  
de Caradro, vicario apostólico  
de Tamaulipas

PIADOSA CARTA DEL PAPA

Majestad:

Adjunto le envío el proyecto que me entregó V. M. y me alegraría que usted conservase el vaso. Rezo todos los días a Dios para que le devuelva la tranquilidad de su alma y le quite ciertos accesos de desconfianza que le hacen vivir en constante excitación.

Le bendigo de corazón.

Pío IX

VELÁZQUEZ DE LEÓN RELATA EL PROCESO  
DEL TRASTORNO MENTAL DE CARLOTA

Roma, octubre 18 de 1866

A su majestad el emperador  
México

Señor:

Paso a informar a V. M. de algunos detalles de los desgraciados cuanto inesperados acontecimientos de estos días.

Todo podíamos figurarnos, señor, entre las desgracias de México, pero no entraba ciertamente en nuestra previsión, que cuando admirábamos el valor y la heroica resolución en S. M. la emperatriz de separarse de V. M., arrostrar los peligros de pésimos caminos en el tiempo de las aguas, pasar por Veracruz en la fuerza del vómito, atravesar los mares y venir como grande negociadora a reclamar los derechos de México y cumplimiento de los tratados, fueran tales las inconsecuencias y mal recibimiento en París, que hubieran causado una alteración tan violenta en el espíritu de S. M.

La difícil situación de México, a quien tanto ama S. M., había sin duda influido para predisponer su mente a una grande exaltación, pues en Puebla y en Acutzingo dio algunas señales de eso; pero la desagradable impresión de París fue tan fuerte que en Bozen, en viaje para Roma, fue necesario se detuviera y allí creía ver S. M. a Paulino Lamadrid, disfrazado, tocando el organito y se creía estar rodeada de espías de Napoleón y traidores que la habían envenenado. Por esta inesperada detención en Bozen, no encontré en Orti a S. M. la emperatriz, a donde había salido con el obispo Ramírez a recibirla, pues el señor Degollado



estaba enfermo y había salido también la comisión del gobierno pontificio con el mismo objeto. Los despachos telegráficos del tránsito me hicieron saber que S. M. debía llegar a Ancon y seguimos el obispo y yo hasta aquel punto, donde supimos la detención en Bozen, aprovechando el día siguiente en visitar la Santa Casa de Loreto. El 25 llegó S. M. la emperatriz y partimos por un tren extraordinario para Roma, llegando a las once de la noche.

En la primera detención del tren -para proveerse de agua, S. M. la emperatriz me llamó a su vagón, donde viajaba con sólo su dama la señora del Barrio y quiso la expusiese el estado de los asuntos en Roma. Más de tres horas duró nuestra conferencia, concluyendo S. M. con decirme que veía estaba yo tan al alcance (sic) de los negocios de México como de Roma y que aquí no haría sino lo que yo le indicase. Sus raciocinios fueron tan cuerdos y lógicos, que ni una sola palabra pudo dar a sospechar esa agitación mental que se declaró después. El 26 descansó en Roma S. M. y el 27 la acompañamos a hacer la visita a S. S.; en ese mismo día se dignó S. M. mandar a su gran chambelán, conde del Valle, que viniese a casa a convidarme a su mesa con mis sobrinas e igual honor tuvieron los otros señores de la comisión y el capellán de conseñor Ramírez; de modo que en la mesa de S. M. éramos todos mexicanos.

Ya desde en la mañana, a la hora misma de salir para el Vaticano, quiso ver desde el corredor del hotel de Roma, en donde se había alojado, los coches y notando que la escarapela del sombrero del cochero de S. M. no estaba en regla, con mucha alteración hizo se reformara, deteniéndose la salida cuando se pasaba ya la hora señalada.

La visita, encerrados los soberanos, como sabe V. M. es la costumbre, duró una hora y 18 minutos y presentando después S. M. la emperatriz a todo su séquito al beso del pie y de la mano del santo padre nos retiramos hasta la hora de la comida, antes de la cual se dignó llamarme S. M. y decirme que sentaba a su derecha al señor Castillo, conforme al manual o almanaque de la corte. Yo le contesté a S. M. que mi lugar estaba declarado por V. M. después del presidente del consejo, como ministro más antiguo, aunque no tuviese cartera; pero que obedecía sus disposiciones.

En la mesa estuvo violenta S. M. y no tomó ni el helado ni el café hasta que nos habían servido a todos y dio en que la cafetera que se escurría tenía un agujero; pedí yo entonces otra para calmar la violencia de S. M. El 28 hubo ligeros incidentes que no podíamos, sin embargo, explicarnos los que no estábamos en antecedentes todavía. Uno entre ellos referiré a V. M. Una regular indisposición de estómago me hizo estar en cama ese día. S. M. me mandó llamar con insistencia tres o cuatro veces y, al fin, me mandó decir que fuera yo con cama y todo a verla; no pudiendo esto ser, mandó una persona de su confianza para que me visitara y viera qué era lo que tenía, pues parece que estaba temerosa de que me hubiese envenenado en su mesa el día anterior, aunque esto no lo decía.

Destinado el camarero secreto de espada y capa de S. S. comendador Datti, para acompañar y servir a S. M. a sus visitas a las iglesias y monumentos de Roma, se ocupó en éstas la emperatriz, después de haber recibido al cuerpo diplomático, autoridades y diversos personajes.

El día 1º del actual, S. M. la emperatriz había salido desde las ocho y media de la mañana; eran las tres de la tarde y no se almorzaba aún en la casa de S. M. esperándola. A las cinco y media recibí una carta del cardenal Antonelli, en la que, pidiéndome excusas, me llamaba súbito al Vaticano.

Yo estaba en el hotel con el señor Castillo e inmediatamente, no teniendo ni coche allí, tomé el que había llevado nuestro cónsul, quien de uniforme esperaba desde las once que lo había citado S. M.

Encontré al cardenal Antonelli afligido, porque S. M. la emperatriz no quería volver al hotel hasta que salieran de él, el conde del Valle, la directora del guardarropa de S. M. y el médico Bohuslabeck, quienes decía S. M. la habían envenenado.

No habiendo ningunas pruebas y advirtiéndome el cardenal cierta exaltación mental en S. M. la emperatriz, quien repetía que en nadie más que en el santo padre tenía confianza, le pidió permiso para escribirme y S. M. se dignó concedérselo, diciendo: "que sí, que al señor Velázquez podía escribirle".

Convenimos en que sin escándalo aquellas personas salieran del hotel, al cual volví yo para arreglarlo así y, habiéndose verificado, regresé al Vaticano y contesté por escrito en la mesa misma del cardenal que, en cumplimiento de la orden de S. M. que me había transmitido S. E., habían salido ya del hotel las indicadas personas. S. M. la emperatriz había comido de la misma comida del Papa y permanecido en el Vaticano, en donde quería quedarse en la noche por desconfianza de las tres personas mencionadas; mas mi carta la hizo recobrar la confianza y volvió al hotel a las siete de la noche. Entrando a su cuarto S. M., advirtió que faltaban las llaves de las puertas, que el médico a prevención y sin decir a nadie nada, había quitado, según dijo después, para contener a S. M. en su recámara, caso de que llegara a tener un fuerte ataque. Comprendiendo sin duda S. M. la emperatriz lo que podía suceder, se volvió inmediatamente al Vaticano y aunque pretendía mi augusta soberana dormir en una pieza cerca del Papa, no lo verificó, mejor dicho, no pasó la noche sino en el primer piso, debajo del apartamento que ocupa S. S., quien se encerró, así como S. M. la emperatriz, acompañada de su dama la señora del Barrio.

El día siguiente S. M. pasó a recorrer el museo del Vaticano, en donde se entretuvo hasta el medio día que volvió al hotel y tuvo cuidado de observar si efectivamente no estaban ya en sus cuartos las personas que le eran sospechosas. Éstas, que habían salido la noche anterior, volvieron, tomando otros cuartos en el hotel para estar siempre al cuidado de S. M., sin que las viese, pues tenían la responsabilidad de su augusta persona, de su salud y de sus alhajas y prendas de equipaje.

S. S. mandó a su médico, quien reunido con el de S. M. y otro del hospital de San Jacome a quien hizo llamar S. M., calificaron de monomanía la enfermedad de nuestra augusta emperatriz.

Desde el día 1º, estando S. M. en el Vaticano, se habían llamado por el cardenal al conde de Flandes y al de Bombelles, de acuerdo con S. M. la emperatriz y con el Papa.

El primero viajaba, a la sazón, de Bruselas a Miramar y el segundo había ido con licencia a ver a su familia en Austria.

El señor Castillo y yo pusimos también un despacho telegráfico a nuestro ministro en Bélgica, para que procurara activar la llegada a Roma del conde de Flandes por el mal estado de salud de S. M., el que continuando al día siguiente, lo avisamos a V. M. por el cable atlántico.

Cuando S. M. la emperatriz no tocaba la idea fatal de envenenamiento, discurría muy bien y nadie sin antecedentes habría advertido el trastorno. A mí nada me habló S. M. de tan terrible idea, pues en el Vaticano no la vi, ni tampoco después me habló nada de eso y al contrario siempre acorde.

El 8 en la noche llegaron el conde Flandes y el conde de Bombelles y determinaron la salida de S. M. al día siguiente para Miramar. En la mañana del día 8 había llamado S. M. al señor Castillo para que firmara varios acuerdos que le presentó, destituyendo a todos los de su séquito, incluso el mismo señor Castillo; pero éste se negó, a pesar de la insistencia de S. M.

Los médicos habían opinado por la necesidad de que cuanto antes S. M. la emperatriz saliese de Roma, por la influencia sobre los nervios del siroco y para procurar el aire del campo y el aislamiento de la augusta enferma.

De acuerdo con el conde de Flandes, el día 9, quedándose aquí todo el séquito, partió S. M. la emperatriz por tren especial para Ancon, donde debía embarcarse en el vapor listo allí y llegar a las nueve de la mañana del 10 a Miramar, como se verificó.

Buscando el conde Flandes el aislamiento, se había dispuesto no recibiera a nadie en despedida S. M. la emperatriz.

Queriendo respetar las disposiciones que se tomaban en familia en beneficio de la salud de S. M. y queriendo también cubrir la responsabilidad oficial de la comisión, indiqué al conde de Bombelles que desearía me comunicase por escrito la resolución aconsejada por los médicos y ejecutada por el conde de Flandes como pariente de nuestra soberana y que se había encargado de su augusta persona, como era natural, en el estado de su salud.

Recibí en efecto tal documento y por él no se presentó la comisión extraordinaria de V. M.; pero como mexicanos no pudimos menos,

Noriega y yo, de ir a la estación del camino de fierro a dar el último adiós a nuestra desgraciada soberana, que debía aquel lamentable estado a su amor y decisión por México, al prestarle el más importante servicio que en tan graves circunstancias podía ofrecerse.

S. M. la emperatriz me habló con su acostumbrada amabilidad y me preguntó por mis compañeros, que no estaban presentes, por la disposición de que hablo antes a V. M. y de que acompaño copia, no habiendo tomado con tiempo mi resolución particular a última hora de ir a saludar a S. M. la emperatriz. Por no ser los momentos para entrar en explicaciones, respondí a S. M. que estaban indispuestos; contestó S. M.: "¡cuánto llueve!" y en efecto llovía bastante. Entonces el conde de Flandes, me apretó la mano y tomó a la emperatriz del brazo; seguimos hasta el tren con el ministro de Bélgica y su señora, el de la misma nación que estuvo en México, Mr. Blondcel, el encargado de negocios de Austria y los secretarios belga y austríaco.

En la etiqueta debida íbamos el ministro belga, Noriega, los secretarios y yo, pues en todos casos me ha parecido, señor, guardar el respeto y debida consideración a mis soberanos.

Después he sabido que la idea del envenenamiento ha comenzado en París, pues en la visita a las Tullerías sirvieron a S. M. la emperatriz y a su dama la señora del Barrio, limonada y cuando S. M. volvió al Grand Hotel, dijo a la Kuhachevich, que la habían envenenado.

El día 11 partió para Trieste el gran chambelán de S. M. y el 12 el ministro Castillo. Este señor recibió un telegrama de la legación en París, transmitiendo el de V. M. en que previene se comunique el buen espíritu que reinaba en México en todas las clases, la organización definitiva del ministerio, etc. En el instante que me dio este despacho el señor Castillo, le dirigí al *Osservatore Romano* para que se publicara el mismo día; mas habiendo aparecido con fecha 2 de septiembre, en vez de 27 que era la del telegrama, hice que se repitiera en el número siguiente, corregida la fecha.

Aquí han quedado solamente el señor Barrio y su señora, quien necesitaba algún descanso y se proponen salir pronto para Trieste y allí estar cerca de Miramar hasta recibir las órdenes de V. M.

Hoy publican los periódicos, refiriéndose a los de los Estados Unidos, que Santa Anna había realizado un préstamo de 3,000,000 de pesos, comprado seis vapores y mandado a las costas de México una expedición de 2,000 hombres.

Recibí la muy respetable de V. M. de 5 de septiembre desde Cuernavaca y vi en el *Diario del Gobierno* del 4, el nombramiento del señor Castillo para ministro en Roma. Este mismo señor cree sea una cosa transitoria, pues no conociendo este terreno, el negocio de concordato (se) atrasaría o no tendría efecto.

No hemos recibido las cartas de retiro de la comisión y es muy desairado para mí que mereciendo la confianza de V. M. y la de este gobierno, salga yo de Roma nivelado con todos y que, cuando podía viajar en el verano por mejor salud y la de mi familia y por comunicar a V. M. cómo andaban en otras partes y al mismo tiempo los señores Ramírez y Degollado, pedir con insistencia volver a México, nos vemos ahora con los frenos cambiados (sic), ellos han de viajar y yo volver a México. Yo supongo sea esta una equivocación del que escribió las cartas de V. M. sin que por esto pueda entenderse que yo desobedezco sus respetables disposiciones.

Tengo en este momento el sentimiento de saber que, al mismo conde de Flandes, ha desconocido S. M. la emperatriz desconfiando también de S. A.

Yo no quisiera decir a V. M. cosas tan sensibles; pero sabe que me he propuesto siempre por sistema el que lo sepa todo V. M., pues esta es la verdadera franqueza y lealtad con que siempre deseo servir.

Parece que el cónsul de Jerusalem y los padres franciscanos que aún están allá carecen de recursos.

Deseando a V. M. consuelos y, ahora más que nunca, una protección especial de la Providencia, me repito de V. M. obediente servidor. Señor.

Joaquín Velázquez de León  
Secretario

## NERI DEL BARRIO DA SU VERSIÓN

Roma, 10 de octubre de 1866

Al emperador Maximiliano

Señor:

Ayer a las diez de la mañana ha salido S. M. con el conde de Flandes, su hermano y el conde de Bombelles para embarcarse en Ancon para Miramar. Ojalá y el conde de Bombelles hubiera estado con nosotros en este desgraciado y funesto viaje a Roma.

Éste, al despedirse ayer de mí, me encargó mucho que no dejase de escribir a V. M. y por esta causa lo verifico, aunque con el sentimiento de no comunicar a V. M. más que funestas noticias.

Señor, la Providencia permite que México sea tan desgraciado que a todo el que lo quiere de veras le ha de suceder algún mal. Así ha sido el caso con S. M. la emperatriz. El doctor Bohuslaveck, que debe salir hoy de Miramar, impondrá a V. M. de los desagradables y tristes acontecimientos habidos en Roma. A mí y a Manuela, Señor, nos toca nada más deplorarlos y llorarlos. Ninguna persona, ni aun los que veían constantemente a S. M., advirtió en ella nada que pudiera dar a conocer su estado mental. Ella misma fue la primera que se lo hizo notar a su santidad, en la primera conferencia oficial que con su santidad, tuvo el 28 de septiembre. Entró manifestándole que "estaba envenenada y que todos los que venían con ella y estaban fuera eran sus envenenadores por orden de Napoleón".

La conversación que duró hora y media, fue toda bajo esa idea. El 30 de septiembre que vino su santidad al hotel le habló de la misma manera. El 1º de octubre que fue cuando el doctor notó en S. M. algo que

le probaba su triste estado mental, le prohibió que saliera, pero ni el señor Castillo ni yo supimos nada sino hasta que en la tarde vino el señor Velázquez de León, a decirnos lo que pasaba de parte del cardenal Antonelli.

La impresión señor, que yo tuve al saberlo no es posible describirla ni definirla.

Manuela, que había permanecido en la antecámara de su santidad desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, no sabía lo que pasaba y se sorprendió mucho cuando yo se lo manifesté. El señor Castillo y yo no notamos tampoco en S. M. nada que nos probara su estado hasta el día 3 en que perdió los usos de etiqueta.

No me detendré, señor, en hacer a V. M. una relación mínima de los hechos ocurridos del 1º de octubre al 8 que llegó el conde de Flandes. Son demasiado dolorosos y demasiado tristes para probar hasta qué punto está arraigada en S. M. la emperatriz la monomanía de que todo el que está a su lado es un agente del emperador Napoleón para envenenarla. El conde de Flandes tuvo que dejar aquí a su ayudante, el coronel Bounett, porque S. M. concibió de él la misma terrible idea.

Manuela y yo la acompañamos hasta la sala de la estación del camino de fierro en que recibió a S. A. el conde de Flandes, al cual ya nos presentó; después no la hemos vuelto a ver, pues también desconfió de nosotros ayer (por la) mañana.

Manuela, señor, ha hecho lo que el deber y el cariño exigen sin pararse en nada. Acompañada constantemente la emperatriz por ella y por el chambelán de su santidad, caballero que no dejó de hacer por S. M. lo que hubiera hecho por una hermana querida.

La semana próxima nos iremos a Trieste para esperar allí órdenes de V. M., no nos vamos desde mañana con el señor Castillo y el conde del Valle por necesitar Manuela urgentemente algún reposo.

Si por desgracia, señor, el estado mental de S. M. la emperatriz no mejorase, yo desearía, señor, que V. M. se sirviera permitirnos a reunir



con nuestra familia en Campeche adonde lloraremos también, señor, la pérdida irreparable que hemos tenido.

Manuela, señor, me encarga salude con el mayor respeto a V. M. y yo quedo de V. M. obediente servidor y chambelán.

Felipe Neri del Barrio